

## EL PARADOR.

Nunca le habían gustado las habitaciones frías y disolutas. En ocasiones incluso había llegado a poner quejas por una simple nimiedad. Se trata de una persona tan exigente que el pedirle a un río que fluya hacia su manantial. Cuando le daban la habitación, subía y la examinaba a conciencia. Lo hacía siempre antes de decidir quedarse como huésped. Ese comportamiento compulsivo era más por hacerse el importante que realmente porque lo necesitase. Pero en esa ocasión se abstendría de dar la nota.

En aquel parador jamás había estado alojado, Aun así, era consciente que, para evitar contratiempos desagradables, unos cuantos paradores, habían decidido crear un sistema informático sobre clientes de comportamiento..., digamos que un tanto especial. De esa manera, resultaba más fácil excusarse aludiendo lo de: ¡Señor!, lo sentimos, no nos queda nada libre. Era muy extensa la lista de aquellos que solían hacer orgías y fiestas en las habitaciones y acababan ocasionando roturas y desperfectos en el mobiliario, o incluso altercados con los que se tenía que recurrir a la policía después de que su propio servicio de seguridad no pudiera solventar la situación. Aun así, lo que no sospechaba ese hotel, era lo que allí iba a ocurrir aquel día.

Luís Peña De Arganzue, al levantarse y ver el cielo totalmente despejado de nubes, se había prometido llevar a cabo unas de sus mayores fantasías: beneficiarse a la mujer de su socio y urdir su plan. Y se presentó en el Parador Sol de Cantabria con aquella rubia mujer de más de metro ochenta, cuerpo de noventa, sesenta, noventa y unos ojos azules que fundían a cualquiera que se atreviese a mirarla directamente.

—Buenas tardes —dijo de manera fría— queremos una habitación para dos noches.

—Cómo no señor...

—Luís Peña —aclaró.

—Si es tan amable, señor Peña, ¿podría dejarme su documento de... —dijo aquel sin saber lo que le iba a caer encima.

—¡Caramba!, que estrictos. Luís Peña De Arganzue, tome nota del nombre y, si quiere, le digo el número del DNI.

— Ya, pero necesitaría ver el documento por favor —añadió, con cierto temblor en la voz, aquel empleado al que parecía que la pajarita le empezaba a apretar como para seguir respirando con normalidad—. Señor —dijo con algo de apuro— son normas

—¿Normas? —soltó con enojo— ¿Es que no cree en mi palabra?

—No es eso —dando un paso atrás—. Ni mucho menos. Estoy obligado.

Sin más, aquel presuntuoso arrastró su DNI por el mostrador para que asustado recepcionista hiciera su tarea y cumpliera con sus normas.

—¡Gracias! —soltó mientras, sin alzar la cabeza, tecleaba para darlo de alta. Todo ello, en tanto que comprobaba que no estuviese en el sistema de seguridad.

—Me facilita el suyo —añadió devolviéndole el documento y mirando con recelo a la mujer.

—¿Qué le está pidiendo? Será usted...

De inmediato, ella tratando de calmarle, lo apartó, lo besó y le pidió que se retirase.

—¡Cariño! Es su obligación.

La mujer se dirigió al empleado, abrió su pequeño bolso de mano Luís Vuitton, extrajo su DNI y le dijo:

—Tenga. Puede poner mis datos o señora de Peña —consiguiendo que el recepcionista cumpliera sus quehaceres hasta oírle decir, mientras le devolvía el documento, que su habitación era la 113.

—Muy amable —dijo ella cogiendo del brazo a Luís Peña y yendo hacia los ascensores.

—¡Será posible! —escupió aquel energúmeno sintiéndose molesto por no haberle dicho cuatro cosas a aquel que para nada imaginaba lo que iba a presenciar aquel día.

Al entrar en la habitación, imaginándose lo que iba a disfrutar, se quitó la chaqueta y la tiró sobre el sillón de piel de vaca que estaba algo más allá de la cama. Arrastrando los pies acudió hasta el mini bar y sacó una botellita de whisky Cutty Sark, la abrió y la bebió de un trago por el sofocón.

Una luz tenue atravesaba la cortina de la ventana, iluminando dificultosamente la estancia cuando ella estaba despejándose de su chaqueta Coco Chanel de color rosa. Él se acercó la agarró por la cintura y empezó a besarle como si alguien le hubiese avisado de una guerra nuclear.

—¡Tranquilo! —murmuró retirándose cariñosamente— antes me daré una ducha.

—Perdona Lola. Tienes razón. Soy muy brusco ¿Pido champán?

—No. Lo pediremos después —acariciándole la cara con sus dedos— quiero disfrutar de lo que estaba esperando tanto tiempo.

Él pensaba el éxito que había tenido en llevarse a la cama a la mujer de su socio para utilizar las fotos que pensaba hacerse. Martín Ferrándiz y él, llevaban tiempo teniendo desavenencias. Querían separarse, pero cada uno quería el 50% del otro. La parte de Martín estaba repartida, mitad por mitad con su esposa. Fue entonces cuando Luís Peña engatusó a Lola para que entre los dos pudieran quedarse con el negocio. Ella aceptó y decidieron montar un complot. Ponerle los cuernos y hacerse esas fotos para que Martín cediera su 25%.

Unas nubes amenazaban desfigurar aquel día dejando caer una lluvia que la ciudad venía necesitando, Una escasa luz iluminaba los oscuros planes de aquellos dos. En la habitación, si nadie lo remediaba, se iba a producir una venganza tramada sin piedad. Luís, bebiendo de la segunda botellita de whisky, esperaba desnudo, a que saliese y gozar con ansias aquel cuerpo.

La ducha dejó de escucharse y Luís empezó a notar que su miembro empezaba a comprender que iba a tener su recompensa. Al poco, salió ella y él se puso de pie tratando de querer empezar.

—¡Caramba Luís! Despacio. Hemos tardado mucho en conseguirlo y hay que saborearlo.

—Es impaciente —contestó ansioso por empezar.

Ella lo cogió de la mano y lo llevó hasta un lado de la cama, cerca de la almohada.

—Túmbate boca abajo. Te voy a hacer un masaje. Te va a gustar.

No puso impedimento alguno, aunque le molestó la postura por culpa de la excitación que había adquirido su pene. Ella, sobre él, empezó a masajearle espalda y cuello.

—¡Uf! Qué bien —con la cara sobre la almohada.

—Tranquilo. Vas a alucinar —dijo mientras se estiraba y sacaba de su bolso una brida metálica.

Con disimulo, le pasó por debajo del cuello aquel alambre acerado. Como si lo hubiese hecho más veces, hizo pasar un extremo por el orificio del otro extremo y, con fuerza, de un tirón, hizo que la brida se cerrara de golpe estrangulándolo de forma inmediata. Sin solución de aflojarse aquello que le estaba asfixiando. Él se removió como pudo y provocó que ella cayese sobre el otro lado de la cama, lugar desde donde veía que aquel trataba inútilmente de arrancarse el cordón de acero. Fueron varios los intentos con

los que buscó que el aire pudiera pasar por su tráquea, hasta que, de rodillas, la miró perplejo. Sus ojos parecían explotar cuando, por fin desistió, cayó de bruces. Sin vida.

No había prisa, pero empezó a vestirse. Cogió una toalla y limpió las posibles huellas que hubiese podido dejar en algún lugar del baño y habitación. Aunque sabía que no había demasiadas, ni siguiera se había duchado y los grifos los había abierto usando esa misma toalla. Se visitó, cogió sus pertenencias, abrió la puerta, lanzó la toalla sobre la cama y se marchó.

Cuando bajó al vestíbulo, en la recepción se encontró al muchacho de la pajarita. Ahora no parecía apretarle tanto el cuello. Ya nadie le estaba tocando las narices con impertinencias. Se acercó a él y este reaccionó enseguida.

—¿Necesita algo señora Rebeca? —dijo cortésmente el muchacho recordando el nombre de la señora.

—Sí. Gracias ¿dónde hay un supermercado? Cenaremos en la habitación.

El chico, con la cordialidad más franca del mundo, le indicó cómo acudir al lugar por el que ella se había interesado. Después de agradecerse, ella salió del hotel en la dirección indicada.

A unos cien metros, se desprendió de su rubia y larga peluca, de las grandes gafas de sol Dolce & Gabbana, colección Timeless, de las enormes pestañas postizas, de las lentillas de color verde y del DNI falso y, mientras caminaba, marcó un número.

—Martín, cariño. Asunto hecho. Voy para casa.

—Lola, mi vida. Te espero ansioso.

La hasta ese momento, falsa Rebeca, volvía a ser la Lola morena de ojos tan negros como las sombras de la muerte. Alejándose, sacó del móvil la tarjeta de prepago y la dejó caer a la primera alcantarilla que encontró en aquel paseo de álamos blancos. Tiró el teléfono al suelo, lo pisó con las mismas ganas con las que había acabado con aquel tipejo egoísta y, después de depositarlo en el primer contenedor de basura que encontró, detuvo un taxi y se dirigió en busca de su marido para celebrar que ya nadie les iba a seguir tratando de arruinar la vida por la que habían luchado todos aquellos años

Solo el atardecer, de aquel día de sexo no alcanzado, habría podido delatar a esa mujer que cambió el sueño efímero de Luís Peña por su propia muerte.